

FRITZ WAGNER, *La Ciencia de la Historia*, U.N.A.M. Dirección General de Publicaciones, Problemas Científicos y Filosóficos, No. 9, México, 1958, 594 pp.

LA HUMANIDAD se ha preocupado siempre por su pasado. Los pueblos más primitivos que conocemos, los documentos más antiguos de que disponemos contienen relatos sobre el origen, real o pretendido, de estos pueblos, o del hombre en general.

El relato histórico es un hecho; mas subsiste la pregunta acerca de su carácter científico, de sus métodos, de sus fines y de sus logros. Mucho se ha opinado al respecto, y esta reflexión acerca de la ciencia de la historia es, ella misma, parte importante del pensamiento humano. Todo intento de sintetizarla tiene que enfrentarse al enorme cúmulo de material, del que hay que desechar, forzosamente, la mayor parte para escoger lo que se considere más importante. A pesar de que no ha podido escapar a estas dificultades, el Dr. Wagner, con *La Ciencia de la Historia* ha realizado una obra de verdadero interés para el historiador, y para toda persona interesada en estos problemas.

Al leer este libro vemos el sincero esfuerzo por reproducir opiniones representativas de todas las tendencias del pensamiento, pero en la selección y en las introducciones a las citas de los diferentes pensadores, se trasluce claramente la concepción histórica del Dr. Wagner.

Según el compilador de estas opiniones, "la Ciencia de la Historia sólo alcanza su meta propia en la deseada unidad de patrimonio de la tradición y de la reproducción narrativa. Hasta la interpretación más delicada carece frecuentemente de la fuerza necesaria para lograr la síntesis de todas las partes analizadas, del hechizo de infundirles nue-

va vida. La ciencia crítica de la historia no puede existir sin esta capacidad artística y de plasmación, capacidad subjetiva en el fondo a pesar de todo su anhelo de objetividad".

Vemos aquí la idea de que la historia, quiera que no, está sujeta al criterio subjetivo, o sea, decimos nosotros, que no puede ser una auténtica ciencia de verdades objetivas. Esta opinión se refleja nuevamente en la limitación que atribuye el autor al conocimiento histórico: "Sin embargo, le están vedadas [a la historia] la seguridad última y la objetividad absoluta, en la reproducción; su débil ojo humano no se atreve tampoco a descorrer, por medio de observaciones, el velo de los supremos problemas relacionados con el sentido profundo de las cosas. En cambio, está en condiciones —y en ello consiste uno de los grandes destellos de conciencia del siglo XIX— de enfrentarse críticamente a sí misma y por ello, de descubrir fuentes de errores no solamente en la materia, sino también en el método y en el sujeto del observador."

Este criterio ha presidido, como no podía ser de otra manera, el trabajo del Dr. Wagner. Tienen lugar preferente, en él, los ideólogos de formación idealista; posiblemente exagera, además, la importancia de los historiadores y pensadores alemanes. Como reconoce el mismo autor en el prólogo, "difícilmente se puede aspirar a una exposición de conjunto satisfactoria en todos sus aspectos".

Lo primero que necesita aclarar el historiador, son los requisitos para desempeñar su labor. Desde luego, nadie duda de la necesidad de conocer documentos, relatos, o de poder aprovechar la experiencia personal para escribir historia. Luciano, último de los clásicos grecorromanos citados por Wagner, añade

otra exigencia: quiere que el historiador tenga experiencia práctica, "que conozca los armamentos y máquinas, que sepa lo que son flancos, francos, batallones y escuadrones, maniobras y evoluciones; y, en una palabra, no queremos un discípulo que jamás haya salido de su casa, y que todo lo sepa por ajeno testimonio".

El historiador sirio-romano sienta así una de las bases reconocidas posteriormente por muchos de los pensadores: únicamente puede conocer e interpretar correctamente los hechos sociales, quien haya participado en ellos o en otros similares.

Pero también hay ideas distintas. Frente a la exigencia práctica, de conocimiento e interpretación objetiva basadas en la experiencia, hay en todas las épocas quienes sostienen, como Weber a principios del siglo actual, la imperfección del conocimiento histórico. Dilthey, a su vez considera que la intuición es una de las formas imprescindibles para el conocimiento, acercándose así a un peligroso irracionalismo, que admite todo tipo de especulación.

Múltiples son también las interpretaciones de la historia, y las finalidades que de ella derivan los pensadores.

San Agustín, Padre de la Iglesia, establece como fin supremo la concordia y la armonía. Dice, "la paz del cuerpo es la ordenada modificación y templanza de las partes. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad y concordia de la parte contemplativa y activa. La paz del cuerpo y del alma, la vida metódica y la salud animal. La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obediencia en la fe, bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz de la casa, la conforme uniformidad que tienen en mandar y obe-

decer los que viven juntos. La paz de la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en ordenar y obedecer. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima y conformísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden y el orden no es otra cosa que una disposición de cosas iguales y desiguales, que da a cada una su propio lugar."

Hay aquí un planteamiento absoluto, propio de la idea, absoluta por naturaleza, del cristianismo.

Otra de las discusiones se refiere al desarrollo histórico. ¿Hay o no hay evolución? ¿En qué formas, y de acuerdo con qué regla, tiene lugar ésta? También este debate es ya muy antiguo; algunos historiadores, como Vico, nos hablan de un ciclo, sin progreso. Otros, como Hume y Herder, afirman que se trata de un movimiento ascendente. Para Hegel, el movimiento del mundo, su desarrollo histórico, está en el Espíritu Universal que se manifiesta en actos concretos. Así nos dice: "Tal es el fin de la historia universal; que el espíritu dé de sí una naturaleza, un mundo, que le sea adecuado, de suerte que el sujeto encuentre su concepto del Espíritu en esa segunda naturaleza, en esa realidad creada por el concepto del espíritu y tenga esa objetividad la conciencia de su libertad y de su racionalidad subjetivas. Éste es el progreso de la idea en general; y este punto de vista ha de ser para nosotros lo último en la historia. El detalle, el hecho mismo de haber sido realizado, eso es la historia."

Otra cuestión es la relación entre la historia y otras ciencias humanas. Prácticamente todo puede ser y ha sido en efecto relacionado con la historia. Savigny afirma que el derecho es un pro-

ducto histórico social. Lo mismo puede decirse de cualquier otra manifestación de la actividad humana.

No podían faltar, al citar las ideas más importantes sobre la historia los conceptos básicos del marxismo, olvidados o mal relatados por tantos "críticos" de esta teoría. Para evitar cualquier confusión, vamos a copiar algunas de las citas tomadas del autor del materialismo dialéctico: "En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia."

"Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social."

"Cuando se estudian esas revoluciones (sociales), hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, ar-

tísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo."

También Plejanov, el otro pensador clásico del marxismo citado por Wagner, pone en guardia contra la malinterpretación de esta doctrina: "Muchas veces, se ve en la concepción materialista de la historia una teoría que proclama la sumisión del hombre al yugo de una necesidad irrefrenable, ciega. Nada más falso. Precisamente la concepción materialista de la historia muestra a los hombres el camino que los llevará del imperio de la necesidad al de la libertad."

El marxismo sigue conmoviendo al mundo y está adquiriendo una importancia cada vez mayor. Pero no es, desde luego, ni la única ni la última teoría existente. Hacia fines del siglo aparece la que Wagner llama "el hastío de la cultura" de la que cita como representativos a Schopenhauer y a Nietzsche. Dice, "la historia, que no podía llegar a ser ciencia natural, fue arrojada nuevamente al dominio del contrasentido y de lo ajeno a la vida, lleno de contaminaciones mortíferas. La importancia del contrasentido humano frente a un objeto, que en última instancia sólo está totalmente abierto ante el ojo de Dios, se manifestaba de manera tan apasionada. Las condenaciones, que ahora se pronunciaron contra la historia, ¿no eran una corrección saludable de la presunción positivista?"

Esta anotación nos revela el espíritu escéptico frente a las posibilidades de la ciencia, del autor del libro. Deja así en duda si considera, como muchos pensadores, que la historia es "la maestra de la vida", ni tampoco podemos ver si, en este caso, la concibe como una ciencia relativa o de un conocimiento objetivo y real.

No nos da ninguna conclusión *La*

*Ciencia de la Historia* del Dr. Wagner. Sin embargo, nos sugiere muchas ideas y dudas, que sólo podrán resolverse a la luz de los hechos y de su interpretación correcta. La acumulación de datos, y el imponente aparato bibliográfico contenido en el libro, son una valiosa ayuda para el estudio de la materia.

JUAN BROM

G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista*. I. Los precursores (Fondo de Cultura Económica, 1957, 342 pp.).— II. Marxismo y Anarquismo (Fondo de Cultura Económica, 1958, 439 pp.).

CON SU OBRA *A History of Socialist Thought*, de la que el Fondo de Cultura Económica ha publicado la primera y la segunda partes, G. D. H. Cole se coloca entre los más importantes historiadores de las ideas políticas y sociales del movimiento socialista. El primer volumen, que lleva como subtítulo "Los precursores", y que trata el período que va de 1789 a 1850, estudia desde los ideólogos de la revolución francesa y el *Manifiesto de los iguales*, de Babeuf, hasta los socialistas cristianos, pasando, desde luego, por los socialistas utópicos (Saint-Simon, Fourier, Owen, etc.), por el socialismo alemán (Bauer, Hess, Grün) y por el joven Marx (al que analiza más o menos hasta 1848, año en que se publica, como es bien sabido, el *Manifiesto comunista*). El autor nos aclara en el prólogo que omite deliberadamente aquí a los socialistas rusos (Pestel, Belinsky, Herzen y Bakunin) porque piensa hablar de ellos más acuciosamente en el segundo volumen de su obra (que lleva como subtítulo "Marxismo y Anarquismo" y que comprende de 1850 a 1890, período en que sobresale la lucha dentro de la Asociación Internacional de Trabajado-

res entre los marxistas y los bakuninistas). A este segundo volumen seguirá un tercero dedicado a la Segunda Internacional, la "Internacional amarilla," como la llamaba Lenin, y cuya traducción será publicada en un breve plazo por la misma editorial. A pesar de que, por todo lo dicho anteriormente, podemos advertir que los dos primeros volúmenes de esta obra ya vertidos al español y publicados recientemente son más una historia del pensamiento socialista que una historia del socialismo (ya que, más que estudiar las condiciones y las consecuencias reales que ha tenido cada concepción socialista en el escenario histórico se ha concretado a examinar tan sólo el contenido ideológico), pese a ello, repetimos, son dos libros que muestran con gran lucidez, con mano maestra, con atención y seguridad, el decurso conceptual de las diferentes corrientes del socialismo contemporáneo.

El autor hace hincapié en los ideólogos franceses porque, como él mismo lo afirma en el capítulo xx del primer volumen, "el único gran pensador socialista anterior a Marx que no era francés fue Roberto Owen"; esto nos aclara por qué habla de tantos escritores revolucionarios franceses (Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Cabet, Blanqui, Louis Blanc, Buchez, Pécqueur, Flora Tristan, Lamennais y Proudhon), mientras repara en pocos pensadores ingleses (Godwin, Paine y Hall, además de Owen) y en muy contados socialistas alemanes (Bauer, Hess y Grün, amén de Marx y Engels).

Capítulo importante es el dedicado a Proudhon, el creador, como es sabido, no sólo de la palabra *anarquismo*, sino de las primeras tesis "antiautoritarias". Las diferencias establecidas por Cole entre el socialista francés y Marx, a pesar de ser interesantes, no son del todo precisas. Cuando Cole, por ejemplo, afir-